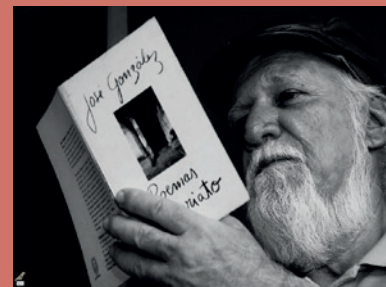


EL LADRIDO DE LOS PÁJAROS

José González

SELECCIÓN DE FRANCISCO JOSÉ CRUZ



© Foto: Yeco Nordesal

José González (La Lima, Cortés, Honduras, 1953) estudió Ingeniería Agronómica. Historiador, editor e investigador cultural, creó el proyecto pionero Fototeca Nacional de Honduras. Reside en La Paz, donde fundó y dirigió la Casa de la Cultura local.

Integrante del consejo de redacción de la revista *Estiquirín* y colaborador de *Tragaluz* e *Imaginaria*, tuvo su primera aparición en la literatura hondureña en 1980, con el libro primigenio y nunca impreso, *Pido la palabra*, finalista del certamen literario, convocado por la Universidad Nacional Autónoma (UNAH). En 1984 obtuvo en México el Premio Latinoamericano Plural con su poema «Monólogo de Roque Dalton».

Ha publicado los libros de poesía: *Poemas del Cariato* (1984), *Las órdenes superiores* (1985), *La poesía me habla* (finalista Premio Latinoamericano de Poesía «Ko Eyú», Venezuela 1987, 2005), *Reino animal* (2008), *Animal de memoria* (Premio Centroamericano de Poesía Juan Ramón Molina 1991, 2008), *Memoria de Atahualpa* (Premio Europa-Hibueras de Poesía, 2014), *Poema de los vientres* (2014), *El libro de las selfies y de las horas* (2015), *Mujer con armadura* (2016), *Domus*

PALIMPSESTO

Colección de Poesía

Dirección:

Francisco José Cruz

Coordinación Editorial:

Rosario Acal

Diseño:

Carmen Herrera Romero

Edita:

Excmo. Ayuntamiento de Carmona
Delegación de Cultura

Redacción:

San Juan Grande, 26 - Teléfono 95 419 04 18
41410 - CARMONA (Sevilla)
palimpsesto1990@gmail.com

Administración:

Biblioteca Pública *José María Requena*
C/. Domínguez de la Haza, s/n.
Tfno. y fax 95 419 14 58 - biblioteca@carmona.org
41410 - CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:

INGRAPRINT, S.L.- Políg. Ind. El Pilero, calle Esparteros, 7
Tfno. 955 183 352 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

I.S.B.N.:

978-84-89993-76-1

Depósito Legal:

SE-375-2019
IBIC - DCF

© JOSÉ GONZÁLEZ

© De la selección, FRANCISCO JOSÉ CRUZ

© De la presente edición, PALIMPSESTO, 2020

EL LADRIDO DE LOS PÁJAROS

José González

SELECCIÓN DE FRANCISCO JOSÉ CRUZ



P A L I M P S E S T O

MÁS INTUITIVO QUE CEREBRAL

Una vez cayó en mis manos un poema de un poeta chileno que viajaba en un barco hacia su exilio a Canadá y, al pasar por el Canal de Panamá en su trayecto, ve en las aguas turbias del canal, un zapato de mujer flotando y abandonado a su suerte, y desde esa sencilla visión, escribió un poema memorable. Eso me enseñó, con sentido asombroso, que no hay nada extrapoético, que todo es poético en nuestra labor de alfareros de la palabra, siempre y cuando nuestra mente esté conectada directamente con el farolito rojo de la casa de citas de las musas.

Desde entonces comencé a escribirle a las alas azules de las madrugadas, a los tecolotes llorosos, a los carros ruinosos de mi padre, a la cama de agua donde duermen mis abuelos, a los *cadillacs* enterrados boca abajo en Cadillac Ranch y a la imagen idílica de Andrés Terrones bailando con mamá.

Me gusta escribir sencillo. Que el lector entre al poema y salga con el cabello despeinado, la camisa tironeada y los zapatos llenos de lodo. Sospecho de aquel poema donde el lector entra y sale nítido como el rocío.

Algunos elementos los considero vitales para mi poesía. La ironía, el realismo mágico, la referencia histórica y el referente cultural. Si escribo, por ejemplo, de la Torre de Pisa y si el lector la conoce o ha oído hablar de ella, inmediatamente se conectará y puedo afirmar que saldremos juntos del poema. Eso ayuda al buen lector, ayuda al buen vivir.

Para Helen Umaña, prestigiosa crítica hondureña, soy «más intuitivo que cerebral» cuando escribo. Y tiene razón. Me gusta escribir por generación espontánea. Creo que el poeta «cerebral» es más docto, más atenido a las reglas y nunca quiebra un plato en la mesa vacía. El poeta intuitivo se pone guantes de *box* cuando va a escribir, puede aguantar miles de *rounds* y nunca cae a la lona, sin sorber la poesía. La poesía viene y luego se aleja. Nunca avisa su llegada. Hay que presentirla, olerla, rastrear sus pistas indolentes. A veces tarda siglos en venir y a veces espera poco. Hay que estar listos, afilados para su regreso; celebrar en grande esa llegada a la tinta, al papel visceral donde brota cantarina, limpia, lista para entregarse.

JOSÉ GONZÁLEZ
La Paz, enero de 2020

EL LADRIDO DE LOS PÁJAROS

DESCRIPCIÓN FANTÁSTICA DE LA CAZA DEL MAMUT

Recuerdo aquel mamut planetario
repartiendo sus carnes para todos los de la tribu.
A veces costaba darle caza,
perseguirlo, herido como iba,
por el roquerío y los pinchos salvajes de aquellos
helechos
blancos como nieve.

40 lanzas no bastaban:
había que rodearlo,
evitar con cuidado sus patas numerosas
y subir
hasta la parte más desolada de su lomo
y aplicar los mordiscos y arañazos concebidos
hasta que caía.

Entonces había que cortarle la garganta
y comenzar el despojo de la piel.

Solo así se daba la orden de comer;
solo así comenzábamos la danza oscura de la carne.

PRIMERA TOMA DE LAS CAVERNAS

No fue fácil llegar a las cavernas,
tocar sus gargantas y sus tigres dilatados.
Hubo que violar la oscuridad,
a ser pasto de las fieras.
Fue así que decidimos explorarlas:
primero entraban los hombres
los que conocían el sonido del reptil y su emboscada.
Durante siete lunas
aguardábamos su regreso
hambrientos como estábamos
hasta que aparecían dando voces.
Después
cada uno hacía su propia navegación.

No fue fácil llegar a las cavernas
acostumbrados como estábamos
al ebrio paisaje de la pradera.

CABALLO EN ALTAMIRA

El caballo corre veloz entre la hierba que se agita.
Pintado de negro
golpea la herrumbrosa piel de la caverna.
Cien manos pintaron su cola
y su crin desamparada.
Cien manos mezclaron la tierra y el fuego
donde se yergue el jinete
que avanza entre la niebla
rompiendo la quietud
de los animales que pastan ensordecidos.

Es el caballo de Altamira,
famoso por su trote
y el canto de sus jinetes.

Roto el hocico,
galopa desnudo, hiriendo el horizonte.

MOTÍN A BORDO

Los mareos,
los vómitos,
el crujir del agua embravecida,
las goteras y la hinchazón
de la madera,
han provocado que Noé, el patriarca,
busque tierra apresuradamente.

OFICIOS

El taxidermista
pasa los ojos
por la piel de la presa.
Sueña con llevarla
a otros mundos,
a los salones donde la poesía
bebe té.

Presuroso,
costura
el hoyo del disparo.

KING KONG

King Kong es taquillero, famoso.
Ha hecho dos películas de amor
y no ha amado todavía.
Los productores sostienen que es mal amante,
que ruge y aplasta con sus manos
el corazón de la bella.
Así, comentan, con esos modales de gorila en celo,
no alcanzará el estrellato.
Por eso no lo afeitan,
no lo maquillan.
Por eso no firma autógrafos,
ni tiene casa en Beverly Hills.

Por eso le disparan,
por eso aniquilan su viril osadía.

PELUCHES

Mi hijo
se despierta
y salta de su cama.
Atrás, enredado entre las sábanas,
ha quedado su tigre de seda.

POEMA DE LOS VIENTRES

I

Mi mujer tiene el vientre de mimbre,
allí teje y desteje los hijos que soñamos:
el varón de manos apretadas,
la niña y su vestido de mar.
Lento y vegetal es ese vientre,
como un árbol pariendo sus raíces,
como el mundo que conocimos en la infancia
siempre girando y girando
atado a una espátula roja.
Quien no la conoce,
quien nunca la ha visto parir sus entrañas,
no pensaría que en ese vientre
descansa el fuego,
el fuego y su violenta sombra.

II

Para algunos,
para los que conocen del vientre y de la llaga,
el vientre de mi mujer es una lámpara;
lámpara viva
que alumbra los costados de la vida y de la muerte.
Para otros,
el vientre de mi mujer es una ostra,
un islote, una sirena limpia.
Para mí sigue siendo
la arena fina del día,
el regazo donde la aurora pone sus primeros astros.

III

El vientre de mi madre
no fue un vientre de lujo.
Ella vio, de seguro, fotos de rosadas muchachas
que desnudas enseñaban su vientre
al espejo del día,
y quiso ser como ellas.
Eso lo pensó tal vez
cuando no conocía a mi padre;
hombre de abismados silencios
y broncas en la piel,
que esperaba que el mar se le posara en los hombros.
Así mi madre dejó de ser la muchacha escondida en el barro,
aquella que pintaba vírgenes y leía a Verne,
en un silencio de espadas,
y pensó que los hijos eran solo un soplo de amor
hasta que asombrada, vio cómo su vientre
crecía hasta librar la espuma.

IV

¿Y qué decir del vientre de mi abuela?
¿Qué decir de su ansia y su misterio,
de su pasión robada, de su jerez sin nombre?
Acaso nunca sepamos
su verdadera correría,
acaso ese trozo de historia sea solo para los dioses.

V

Mientras escribo estos versos,
mientras armo este libro con palabras y furias,

pienso en el vientre de mi madre,
en sus cuatro estaciones.

Pienso en las veces que tuvo para parir sola,
sin la mirada canina de mi padre,
ayudada por el fuego y su beata sombra.

Pienso en ese vientre,
en las carnes que florecieron
más allá de sus carnes,
más allá de las lámparas y la piel de los espejos,
desde donde un hombre atado a su deseo
pactó con el deseo de su vientre enardecido.

VI

Parturienta
la llamaban las abuelas
y ella se reía
y echaba a mis hermanos
como un ferrocarril.
¡Ah! Mis hermanos,
esos vagones de carne y de silencio.

VII

Mi madre usaba alhucemas y refajos en el vientre,
cuidada de no tocarlo cuando los eclipses
quebraban los espejos.
De seguro,
eran consejos de las viejas parteras,
susurros que nos llegaban tras las puertas,
misterios que una vez oímos al pie de los ancestros.

VIII

Agarrada entre sábanas
y las lágrimas de carbón,
tuvo su primer hijo.

Mi padre huía entonces de un terremoto:
no podía entender que un hijo nace de un temblor,
de un milenario temblor que es la carne.

IX

Primero la dilatación;
el estoque de la vida
en la carne.

Luego, el agua que fluye como río.
Después, la cabeza, el pujo,
el cuerpo amoratado por la sangre.
Así nació mi hermano,
el mayor,
el que tiene ojos como tótem.

X

Mamá pedaleaba entre los astros
buscando nuestros nombres,
ensimismada,
leía las cuartillas de la suerte,
los tabernáculos,
la Biblia de papel importado.
Inútilmente
invocaba a Tauro, a la fuerza del corcel,
a la pureza que tienen los astros bajo el sol.

Quería para sus hijos
nombres de patricios,
de guerreros abismales
capaces de cortar la luz
de un solo tajo.
Pobre mamá
oía y desoía a las parteras,
a las abuelas anunciadoras de nombres y de sexos,
a los abuelos, por cuyas artes aprendió
los rumbos y las señales de las estrellas más fugaces.
Pobre mamá,
así pasaba alada y atraída
por unos nombres imposibles,
hasta que, cansada
de búsquedas y predicciones,
decidió dejarnos
con estos nombres que hoy nos arden en la sangre.

XI

Cuando yo nací,
abuelo palpaba el vientre de mi madre.
Miraba ensordecido
cómo su sangre le cantaba
a su sangre;
no oía tampoco los pasos
ni a los alacranes
que mordían con sus colas, a los perros.
Quería varón
y sus manos lo sintieron;
quería varón
y para ellos –cuentan–

tuvo que bajar astros con los dedos,
beber agua mansa de los cielos.

XII

Molino de viento
el vientre de mi mujer;
molino de viento
donde el trigo engendra al trigo
y el fuego engendra al fuego.
Molino sin tregua es ese vientre
que gira con la vida
atada entre sus aspas.

XIII

Plenilunio es una palabra tosca
para compararla con tu vientre;
una palabra que ni los bolcheviques
osaron pronunciar
afanados como estaban
en hacer la revolución en este país
de nieve.
Es más:
Los poetas la han guardado ya
en fosos de arena
o en mares remotos.
Realmente
es una palabra tosca
para compararla con tu vientre;
tu vientre que es de arena
y huele a luz cuando amanece.

XIV

No sé si los hombres,
los primeros,
pintaron en sus grutas
los vientres de sus mujeres;
pareciera que solo pintaron
animales
y hombres danzando en las hogueras;
pareciera que solo pintaron
sombras
y cuchillos abismales;
pero vientres no,
a pesar de que en esos tiempos
eran limpios y con aromas.
Como flores cuajando desde un árbol.

SUICIDIO

Preparó la escena.
Amarró sus zapatos,
cruzó los brazos
y se ató la soga al cuello.
Cuando la soga crujió
tiró el *selfie*,
pero no tuvo tiempo para mandarlo.

El *selfie*
está todavía inédito,
esperando mirones.

REINO ANIMAL

A mi mujer le gustan las hormigas.
Toda la vida he visto hormigas reinas
en sus ojos.
De niña
se sentía fascinada por sus intrincadas caravanas,
sus laberintos de polvo
o por sus nidos que brotaban como ombligos de la tierra.
Reconoce y clasifica
a las hormigas ladronas, a las hormigas mensajeras,
a las hormigas guerreras,
y a aquellas que todavía no tienen nombre
ni origen.
De cuando en cuando,
mis hijos y yo somos hormigas,
la casa es un nido
y ella,
la hormiga reina,
dando órdenes para que el reino animal
 siga existiendo.

MUJER SABIA CON JOROBAS EN EL PELO

Mi mujer tiene jorobas en el pelo,
crestas, hechizos
que le roban la mirada.
Yo amo
esas jorobas,
esos rizos que construye con los dedos,
esa laboriosidad interior
que me recuerdan
las grandes y antiguas amazonas.
Son jorobas como espigas,
como volcanes
derramándose en sus ojos.
Pelo hasta tapar el sol
o trenzar un ángel con el sueño;
pelo para cubrir el mundo
o para darme a mí,
que lo he perdido todo,
en esta guerra contra el tiempo.

ANIMAL DOMÉSTICO

Animal doméstico,
mi linaje pertenece al hogar.
No al mar tempestuoso
ni a la calle salvaje.
Al hogar,
donde mi mujer barre y trapea todo el día
y mis hijos beben leche
como dos cachalotes.
No acepto visitas, a menos
que sean poetas o animales
–una loba, por ejemplo–
Escribo de 12 a 12, es decir,
que padezco el mal de Shakespeare en las entrañas.
No salgo casi nunca
ni asisto a recitales
donde la gente me vería con asombro.
Pertenezco a la sombra,
allí donde los seres perviven
con sus furias y señales.

ECLIPSE

Han anunciado un eclipse, mi amor,
no el fin del mundo.
El fin del mundo será otro,
con campanas y ángeles sonando trompetas
de agonía.
Hace ya muchos años
tuvimos otro, pero esa vez
al sol le quedaba un ojo
y desde allí nos cazaba.
Esta vez no erraremos;
esta vez tomaremos las debidas precauciones:
esconderemos las plantas
para que no se marchiten,
los espejos
para que no se empañen
y nos iremos juntos,
victoriosos,
por las oscuridades del mundo.

MUJER CON ARMADURA

Esta mujer ante el espejo,
quitándose la coraza,
la armadura del día.
Limpiándose los poros,
las asperezas,
vistiéndose de noche
para mis ojos y mis labios aulladores.

POEMA PARA EXALTAR LAS UÑAS DE MI MUJER

A mi mujer le crecen desmesuradamente las uñas.
Tres veces más que el pelo o la nariz.
En tres años
serán largas como el Nilo
o la cresta de una ballena abandonada.
En tres años
podrá tocar el cielo con sus uñas
o arrancar un pedazo más de mundo para sus dedos.
Yo amo esas uñas.
Uñas que se enramaron
como cuernos de un animal ficticio,
vivo solo entre sus dedos.
Uñas para cortar el pan,
para comer y beber
o escarbar manantiales debajo de mis ojos.
Uñas infinitas
que me aman y me rodean,
que se levantan y me siguen
donde vaya,
haciendo un ruido de cuchillos
tras de mí.

DE CÓMO LA CASA SE FUE LLENANDO DE NOSOTROS

Primero fuimos mi mujer y yo.
Dando tumbos,
tomamos posesión de nuestro reino
—los hijos, por entonces,
no sacaban sus voces de la nada—.
Un televisor pequeño
con dos orejas de elefante
y unas sillas pajaracas
llenaban los espacios en reposo.
La soledad era primeriza;
solo los abuelos,
siempre de paso
y con el corazón sangrante,
nos fueron trayendo esa conciencia
de no sentirnos solos,
de llenar con sus voces
los espacios de la nada.
Yo por ese entonces escribía poco,
amaba mucho y escribía poco.
Porque vecinos no había,
apenas muros y piedras
para gastar la mirada.
El espacio que no se moría, era nuestro.
También nuestros, pájaros y árboles
o los abismos de la noche en plena huida.
Sin darnos cuenta,
la casa fue creciendo.
De piedra en piedra

levantó sus torres,
su argamasa de viento.
Y ya no fuimos dos;
los hijos por fin sacaron sus voces
de la nada.
Pronto nos vimos envueltos
por esos potros del desorden;
por esos pequeños monstruos del ruido
y la inocencia.
Y ya nada fue como antes:
ni abuelos, ni vecinos,
ni pájaros, ni muros,
solo la casa con sus voces
girando atada
al universo de la tierra.

CRÓNICA DE INFANCIA CON AULLIDOS DE LOBOS

Vivíamos en una casa de madera prefabricada
con el número 5848
casi borrado
en el borde superior derecho de ese gran ventanal,
que afortunadamente
no daba a la playa
ni al campo de golf de la compañía.
Papá era feliz caminando hasta la escuela,
esperando como todos que un carro le cayera del cielo.
Mamá regañaba a mis hermanos porque destruían los jardines
que no nos pertenecían
y yo pasaba
lamiendo leche en polvo y detergentes.
En eso nos cayó la huelga del 54
y los lobos comenzaron a dar los aullidos que aún llevo
en la memoria,
y la madera de la casa se puso negra de tanto incendio.
A mamá le salieron canas a los treintaidós
y los barcos nocturnos se hundieron en el abandono.
Yo comencé a dar pasos como un canguro flojo
y a jugar con los números que había en el teléfono.
Eso es lo que recuerdo
de esos años en que los pasos de *foxtrox* no me decían nada
ni los cadáveres tampoco.

LA SONORA ESTÁ EN LA CASA

La Sonora
está en la casa.
Papá la ha traído
en un disco de 33.
Para oírla
se ha puesto su camiseta
y su armazón de anteojos.
Yo estoy en el patio,
en lo más profundo,
donde nadie puede oírme
ni avistarme.

La Sonora
está en la casa.
Andrés Terrones baila con mamá.

A MI PADRE, ESCRITOR DE VARIEDADES

Papá,
usted escribió dos libros y un horizonte
(tengo la memoria como sol para contarlo).
Fue en la época de los 50
la época aquella del *foxtrox*
a los autos descapotados.
Era también la época de los *cadillacs*,
del béisbol cubano
y de los trenes que dormían
en los patios de las cosas.

(La guerra de Corea era una guerra sin difuntos).

Yo entonces era un punto ciego entre fulgores;
no había nacido
y la poesía no llegaba aún
con sus látigos de sombra.

Mamá recuerda que usted escribía de noche,
entre velas
y un chorro de sudor por todo el cuerpo.
No podía dormir la pobre;
su tabaco y su tecleo
la herían en cornadas.
De un tiempo a esta parte
yo también escribo como usted
y mi mujer tampoco duerme.
Pero usted escribió primero
y yo no soy más que reflejo de ese oficio
que hoy nos une por la sangre.

Papá:
que este poema lo declare vencedor.

HOTEL DE LA LIMA

Una vieja foto
me lo devuelve a la memoria.
Lo veo erguido
con sus viejas torres de madera
a dos pasos del viejo río
que lo envuelve y lo sumerge todo en cada estación.
Yo estoy con mi padre
y veo los grandes escalones,
las negras puertas batientes
por donde uno entraba a conocer el mundo.
Veo también los abanicos,
los decorados espejos
y siento, enrarecido, ese olor a café
que trastornaba los sentidos.
Eran los años 50.
Papá era campeón de billar,
las damas usaban enaguas y sombreros de papel,
y en el campo de golf,
un césped oscurísimo
cambiaba de estaciones.

POEMAS DE LA RESURRECCIÓN

I

Es complicado el arte de la resurrección.
Primero tienes que abrir los ojos
y reconocer al tacto,
tus viejos y largos huesos.
Salir de la tumba, del ataúd
o del matorral
con tu otra vida auestas.
Caminar por valles y ciudades arrasadas
y preguntar por tu nombre y tu ciudad,
sin que nadie te diga nada ni te reconozcan.
Buscarás a tus padres y a los padres de tus padres,
a tus hijos, a los amigos que dejaste
en la última esquina bombardeada,
y no hallarás a nadie.
Todos andarán perdidos como tú
en medio del ruido de las trompetas
de la resurrección y de la furia.
Entonces empezarás a morir de nuevo,
arrepentido de tu nuevo espíritu
o de tu nuevo rostro
donde no se perciben las cicatrices
o el dolor de la vida que dejaste tiempo atrás.

II

Cuando resucite Josie Bliss
comprará cuchillos en el mercado.

cuchillos curvos, grandes como marsopas,
aserrados por dentro y por fuera;
fríos, con el alma en pena;
planos, refileados al gusto.
Cuchillos árabes con alma de hierro
o españoles templados al fuego;
inoxidables con puño de nácar;
voraces con hambre y con lustre.
Cuchillos horribles de películas chinas;
indomables con filo de espada;
cuchillos tibios en forma de hongos;
de vidrio con tintes de muerte;
cuchillos de arena lavada.

Y todo esto
para defenderse
del inmortal Neruda.

III

Si el General Custer reviviera
¿perdonaría el puñado de flechas, clavadas en el corazón;
el robo de su cabalgadura
y la cruz sin nombre que ondea en la pradera?

IV

Cuando resucite el Capitán Ahab,
buscará con saña a la ballena blanca,
pero ya no habrá ballenas blancas en el mundo,
por lo que se sentirá terriblemente solo y aburrido

y no tendrá más que enterrar sus terribles arpones y ganchos
en otros cuerpos.

V

No todos resucitaremos al mismo tiempo.
Primero saldremos
los desterrados del tiempo y de la vida.
Saldremos de nichos, de tumbas, de mataderos,
de fosas comunes,
limpiándonos el polvo, los viejos recuerdos.
Luego saldrán los otros,
afortunados de recibir una recarga de vida.
Saldrán de ataúdes, de mausoleos,
de la tierra porosa
donde durmieron su larga noche de muerte.
No todos saldremos al mismo tiempo.
Por lo menos en eso
la resurrección es ordenada, fecunda.

EL BAR DE LAS PELIRROJAS

RITA HAYWORTH

Está cerca de la pianola
con un *drink* en la mano.
El humo chocante
la vuelve miope y estornuda.

Viene todos los días
después de largas horas de trabajo.
A veces se quita el maquillaje,
pero a veces no.
Por eso lloran sus mejillas
y sus labios se ven carnosos y apasionados.

Cuando por fin se va,
deja una foto de Orson Welles
en la nevera.

EMILY BRONTË

Llega puntualmente a las 2 p.m.
A esa hora, el bar
está vacío y quieto.
Las sillas duermen su abandono.

Afuera no hay pájaros ni estaciones.

Se le ve toser
y oler los mirtos disecados
que adornan la pianola.

La tuberculosis
es un recuerdo lejano,
una flor negra en la memoria.

EVELYN NESBIT

Siempre tuvo
el rostro cansino
bañado de oropel.

Le gusta llegar sola,
sin sombras ni guardaespaldas.
Lee *Variety*
ayudada por la luz de las alfombras
y fuma desaliñados cigarros de papel.

Saluda a las demás
con un beso purpura
en la frente,
mientras piensa en el suicidio,
en esa puerta sin fondo
que la vida le ofrece
a cada instante.

MATILDE URRUTIA

A grandes voces
recita los poemas más viejos de Neruda, su capitán.
Los memoriza,
los envenena,
los lanza como dardos en la alfombra.
Luego,
parte para La Chascona,
a buscarle sueño
a su mala noche.

AMELIA EARHART

Despojada ya de sus botas
y su gorra de aviadora,
Amelia
pide un brindis por su próximo vuelo.
Irá de un polo a otro polo,
sola,
sobrevolando el mar y su nostalgia.
Todas saben que no volverá,
pero no dicen nada.
El silencio es un profundo abismo en las gargantas.

HOTEL LENIN

CAÓTICA PRESENTACIÓN

Aquí,
en esta ciudad de belleza calcinada
está el Hotel Lenin,
estercolero del diablo,
muro siniestro
donde Homero comenzó su odisea.

I

Para llegar al Hotel Lenin,
solo tienes que virar a la izquierda,
seguir el callejón sin fondo,
cruzar el puente
donde la vendedora de flores duerme su siesta
y entrar por sus grandes puertas de vidrio
y anotarte en el libro
con tu nombre de viajero sin nombre.

II

El hombre más gordo del mundo vive en México
—calzada de Teplán con San José del Carmen—.
El más pequeño vive en Nepal —65 centímetros con ropa puesta—
y el más alto vive en Memphis, Tennessee.
Pero aquí,
viven también otros seres sin *records* y sin nombres:

el más calvo, el más tatuado,
el más lunático, el más profeta,
el de más sombras vacías en el corazón.

III

El hotel Lenin,
se incendió en 1920.
Murieron todos sus habitantes,
así como las ratas y todas las palomas
que habitaban en sus cornisas.
Fue reconstruido en 1952
después de muchos años de ruina y agonía.
Ahora es un hotel de salvamento,
habitado por gitanos, bullangueros
y bufones de la vida.

IV

En la pared del cuarto de enfrente se lee:
«Aquí vivió John Lennon,
rey de Los Beatles».

V

Otra leyenda:
«Aquí vivió Rasputín,
consejero de zares y demonios».

VI

Desde la azotea calcinada
se puede ver el puerto de la ciudad.
Se ven magníficamente abiertos
los buques más viejos,
anclados en la tristeza.
Los trenes azules
removiendo carbón;
los pescadores descalzos
y los marlines sin cabeza;
las pescaderías heladas y hediondas;
los espirales del gaseoducto;
y las altas torres
donde las aves más viejas se estrellan
cuando deciden volar más allá del olvido.

VII

En este hotel
no hay calefacción,
ni aguas termales.
Por eso el frío muerde nuestros huesos,
por eso estos pasos titubeantes
adentrándose en la noche.

VIII

A dos cuerdas del hotel
está el parque Victoria.
Es un parque triste

para gente triste.
Allí van los poetas solos
sin amada y sin musa,
los jubilados sin memoria.
Las prostitutas del ferry,
los grasientos y feroces carniceros,
las palomas aburridas,
las ardillas sin nueces que roer,
los apollillados comunistas,
los sacerdotes sin hábitos,
y yo,
poeta coronado y sin palabras.

IX

En los balcones del hotel
viven los albatros
y las aves sin nidos.
Cuando abrimos las ventanas,
lo hacemos con cuidado
para no dañar
el cuello de los polluelos
que algún día se irán a la mar.

X

Esto nos es Manhattan,
esto no es el Bronx,
ni el circo de los hermanos Ringlem,
ni la azotea del Fontainebleau.
Este es el hotel Lenin,
alto y negro como un paredón.

XI

En el *fronting* del hotel
hubo un busto de Lenin.
Era de bronce pulido,
donde los amantes se besaban con locura,
sin molestar a los pájaros.
Un día se lo llevaron
los bolcheviques
y hoy está en San Petersburgo
desafiando el frío
y la furiosa mirada del arcángel Gabriel.

XII

Antes aquí había una escalera de caracol.
Era fina y delgada como la cuerda de un reloj.
Iba de piso en piso
y hacía las veces de ascensor.
Yo la recuerdo
por sus pequeños escalones,
su pasamanos de metal
y por la fractura de mi pie derecho
que nunca me traté
y por la cual cojeo todavía.

XIII

El bar del hotel Lenin,
ya no funciona.
Ya no hay nadie sentado en los sillones,

ni nadie toca una trompeta,
ni una sordina triste.
Ya nadie canta *Only you* y los Platters
son solo un espejismo reflejado
en la roja humarada de la memoria.

XIV

La Fatty Jones
vivió un largo tiempo entre nosotros.
Era gorda, desmesuradamente gorda,
que eclipsaba cualquier sombra
que penetraba por las puertas.
Era buena la Fatty Jones.
Cantaba viejas canciones
en el *living*
y en los espejos mudos del bar.
Cuando se fue,
lo hizo sin lágrimas y sin dolor.
¡Ah, la Fatty Jones!
De seguro,
andaré de puerta en puerta,
arrastrando su gordura por el mundo.

XV

El día menos pensado, me iré de este hotel.
Me iré sin una lágrima, sin un adiós.
Lo dejaré solo,
con sus ladrillos desnudos y su piel devorada.
No renegaré de su nombre ni de sus oscuros metales.

Echaré de menos, eso sí,
los largos y duros insomnios,
los sueños del hombre tatuado,
la azotea incandescente,
las peleas de los albatros por una hembra en el muelle,
el abanico prendido y girando sin aliento,
las dentaduras olvidadas en los lavabos,
el ojo de pescado de las puertas abiertas,
el herrumbroso ruido del elevador lloroso,
la lluvia incesante de las regaderas,
el silencio infinito
de la muerte acechando en cada escalón,
y las vírgenes olorosas
del papel tapiz de los corredores.

Eso creo que recordaré.

BREVÍSIMO POEMA SOBRE EL USO Y ALABANZA DE LAS CAMAS DE AGUA

La cama de agua
no es más que un pequeño mar encerrado en caucho.
Es solitaria:
no tiene puertos ni bahías
donde pueda anclar tu desnudez.
Para llenarla
necesitas toda el agua del mundo
y una gota más.
Al acostarte
notarás que tu cuerpo
bogará sin rumbo
entre las aguas dormidas,
y soñarás con faros, con islotes,
con sirenas que no son y que te llaman
y tú no ves.
Y te será difícil despertar
a pesar de los furiosos huracanes
y el estruendo de las olas chocando con tu piel.

A MIS ABUELOS, QUE EN 1910
SINTIERON Y TEMIERON
EL COMETA HALLEY

Para ustedes
que creyeron que el mundo
se les venía encima de repente;
para ustedes que vieron en el horizonte
la bola de fuego
que se llevaría sus almas para siempre;
para ustedes que rezaron y rezaron
hasta agotar las palabras;
para todos ustedes va este poema
mientras me dispongo
con binoculares y todo
a observar el Halley del 86.

DE FAKIRES Y POETAS

El faquir camina o duerme sobre clavos,
traga vidrios y espadas sin ninguna dificultad,
escupe fuego por la boca
y usa un turbante amarillento.

El poeta camina sobre un lecho de rosas,
traga insectos y alimañas todo el día,
escupe palabras por la boca
y usa boina nerudiana.

FOTOGRAFÍA CON LIBROS

Debo tomarme una fotografía con mis libros.

Es justo y necesario que lo haga.

Durante años
ellos han sido mi escudo,
mi altar de feligrés.

Están sobre un estante,
amarillos y torvos,
pero todos con vida.

Voy a tomármela de frente,
no de perfil,
con el cuerpo echado hacia delante,
como esa foto de Vallejo
que tanto me gusta
y hoy quiero imitar
para salud de todos.

ANDY WARHOL
INGRESA AL SALÓN DE LA FAMA

Se nos fue aquel pintor
que pintaba gaviotas
en latas de cerveza.

Sus manos ya no pintarán más
los lienzos de este siglo.

Descansen en paz entonces,
la basura,
los volcanes de papel,
la chatarra
y todo el neón del mundo.

ME ENAMORÉ DE PIER ANGELI

Me enamoré de Pier Angeli
cuando tenía 16.
Ella era rubia
y un ángel le asomaba en el rostro.
Todas las noches
y detrás de un telón sin fondo,
me entregaba sus besos,
su joven piel de celuloide.
Eso sucedía en el cine Rosales,
a dos cuadras de mi casa.
Todo terminó
cuando una noche
Kirk Douglas me la robó
en un caballo vestido de satín
en la hora más brutal de mi inocencia.

EL CARRO SE LLAMABA RAMBLER

El carro
se llamaba Rambler.
Era azul y espejeaba
como un mar de acetileno.
Tenía cuatro puertas
y en él se podía viajar a la eternidad.
Papá lo conducía orgulloso,
sin chistar una palabra,
ni una mirada retráctil.

Hace años
lo perdí de la memoria.

Se fue volviendo viejo,
el motor no encendía
y sus loderas perdieron el charol.

Tenía cuatro puertas,
era azul
y sonaba un claxon de colores.

LAIKA

Laika no fue una perra de lanas ni de aguas.
Tampoco fue un animal cualquiera.
Nunca royó un hueso
ni sus patas escarbaron la dura
y frondosa tierra.
Para ella fue la ingravidez,
la fronda del verano sideral.
Ella vio
lo que el ojo humano nunca verá:
la desnudez de los astros;
la tierra y sus blancas semillas.
Hizo tres o cuatro viajes
y se eclipsó de estrellas
y planetas.
Heroína de los perros de mi barrio,
su nombre flota en el espacio de esta hora.

SEÑORA DE LA MALA SUERTE

Señora de la mala suerte,
aléjese.
Hace mucho tiempo que no escribo
por culpa de sus sombras.
Es más,
ya ni siquiera leo.
Ni siquiera mis libros se venden como antes,
como antes de que usted llegara a esta casa
a desdoblarme.
Ahora paso enfermo,
fumo y toso en demasía,
la barba me crece inexpugnable
y tengo decapitada la voz.
Señora de la mala suerte,
por favor, váyase,
hay otros poetas
que la están llamando a gritos,
que la necesitan más que yo;
que yo,
que para defenderme
coloco blancas herraduras
entre mis papeles y usted.

NERUDA TRAIN

Eran los tiempos en que los trenes lanzaban llamas
y resoplaban contra el cielo.
El tren que conducía el padre de Neruda
se llamaba *Charles Darwin*.
En él viajaban canciones
que el carbón y el tiempo volvieron metáforas.
Era hermoso.
La lluvia le caía por dentro
y de sus negros vagones
salían lianas y panteras.
Era un tren carguero,
sin estaciones ni gendarmes.
Corría como un meteoro
y su humo era azul y transparente.
Cruzaba puentes
y ríos que se dormían en las palmas de los ojos.
No tenía herrumbre
y sus ruedas brillaban como un sol a medianoche.
Un día se volvió fantasma
y se perdió de la memoria de los trenes para siempre.

FÁBULA DE LOS POETAS

El poeta joven
toca a la puerta del poeta viejo.

El poeta viejo
responde con un gruñido de palabra.

(Está escribiendo
y no acepta interrupciones).

Sin embargo,
pasan
y se sientan en una mesa
y beben café en unas tazas pequeñas
donde cabe el mundo.

Los dos se quejan de los avatares de la poesía;
de las cicatrices que deja un verso
cuando no prende.

Al poeta joven le sangran los ojos,
al poeta viejo le sangra la nariz.

El poeta viejo ha viajado mucho,
el poeta joven no ha viajado nada.

El poeta viejo habla de Esquilo,
de Arquíloco de Paros.

El poeta joven no los conoce.

El poeta joven habla de Gelman,
de Fernández Retamar.

El poeta viejo no los conoce.

EL poeta viejo tiene cicatrices en el alma.
El poeta joven las busca
y no las tiene.

El poeta viejo tiene lumbago,
el poeta joven tiene acné.

SUICIDIOS FAMILIARES

VIRGINIA WOOLF

Ella escribió una carta de despedida.
Su grafía no se notaba nerviosa;
más bien, serena.
Echó piedras en sus bolsas
y
con paso suicida entró a las aguas.

Las burbujas de su último aliento
salieron a flote y se dispersaron para siempre.

KETCHUM

Estoy parado frente a la casa de Hemingway.
Soy uno de los tantos turistas
que hemos venido a espiar sus recuerdos,
a pagar unas cuantas monedas
por ver otra vez
los espejos de su gran barba plateada.
El guía nos dice unas cuantas cosas
(los guías siempre dicen cosas)
y comenzamos la aventura
de visitar el pasado:
aquí están sus cartas,
aquí sus botas, las botellas vacías,
sus libros de cabecera, las pieles de tigres sorprendidos,
las cabezas de toro apiladas y sucias,
aquí las cañas de pescar y su escopeta.

Al salir,
creo escuchar de nuevo el mismo disparo.
Hemingway ha vuelto a la vida.

KAMIKAZES

Los kamikazes
eran los pájaros suicidas
de su tiempo.
Dominaban el aire
como plaga de langostas.
Nada les importaba el amor,
las buenas costumbres.
Ellos amaban sus aviones,
sus vuelos nocturnos,
el olor del *fuel* enemigo.

Los kamikazes,
rezaban en secreto,
bebían arroz de sake
y volaban para no volver.

Así era su vida,
así era su muerte.

MARILYN MONROE

Si no existieran las pastillas barbitúricas,
ella no estaría muerta.
Estaría filmando otra película rosa.

BOULEVARD NERUDA

I

Vivo a dos pasos
del Boulevard Neruda,
en el claro de un bosque
donde los árboles crecen
con los ojos dormidos.
Desde allí
veo venir los caminantes.
Cientos y cientos de caminantes
con los torsos desnudos
y brillantes,
buscando bajar de peso
o de memoria,
inundando con su sal
las avenidas y las calles,
las rejillas del asfalto.

El busto de Neruda,
el capitán,
también les da la bienvenida
con su boina deshojada
y sus grandes ojos de marmota.

II

El Boulevard Neruda
mide diez kilómetros de largo
por seis o más de ancho.
Es inmenso.

Tan grande como un planeta desolado.
Corre de norte a sur
como un río desbocado.
No tiene precipicios ni acantilados,
ni derrumbes,
ni eclipses.
Queda al sur de una ciudad que todavía no tiene nombre.
Encontrarlo es fácil:
solo tienes que seguir
las huellas húmedas y brillantes
que los caminantes
dejan en la niebla
o en la boca negra del asfalto.

III

Los caminantes madrugan.
Salen de todas partes como hormigas de marfil.
Invaden con sus pasos la ciudad,
el Boulevard Neruda.

El poeta,
que nunca corrió o caminó detrás de nadie,
los ve pasar
y los saluda:
les desea buena suerte,
que se vayan con su sudor
a otra parte.

IV

Llueve
en el Boulevard Neruda.

El agua corre desnuda
por cañerías y azoteas.
Los caminantes no salen.
Se quedan en casa
viendo tele,
rasurándose,
bañándose en vapor
o jugando *friskie*.
Esperan que la lluvia cese,
pero ella no va a pasar.
Empecinada,
quiere que sus memorias revivan los diluvios.

V

Afuera,
entre los álamos,
el agua se desliza como un sollozo.

VI

Si usted quiere una foto, una postal,
del Boulevard Neruda,
pídala con caminantes,
con caramelos de dieta.

VII

Los carros no circulan
en el Boulevard Neruda.

Los carros son enemigos

de los caminantes,
dueños y señores del asfalto.

Los carros
se aparcan y se olvidan.

A veces,
mueren solos,
con el claxon atascado.

VIII

Los caminantes nunca duermen.
Se desvelan
esperando el nuevo día.
En sus encierros,
imaginan trotes,
carreritas,
piques cortos,
sobresaltos.

Se desvelan
esperando
que la luna,
pequeña y limpia como un cráter,
oculte pronto su frondosa sombra.

IX

La luna
nunca ve a los caminantes.
Nunca ve sus pasos,
sus trotes,

sus arrancadas.
La luna sale sola,
sin estrellas.
Su luz muere en el asfalto,
en el infinito asfalto de la noche infinita.

X

Pero hay caminantes nocturnos,
perfectos amantes de las sombras
y los nimbos.
Encerrados,
pasan largas horas
esperando
que el sol caiga degollado
para sentir que ha llegado su hora.

Entonces salen como hormigas de plata
a dar vida al boulevard de las sombras.

XI

En 1969,
Armstrong pisó la luna.
Todavía se conserva intacta
en el espacio sideral,
su famosa huella
de polvo y aserrín.
En los noventa,
yo pisé el Boulevard Neruda.
Lo hice desnudo y sin asombro.

Todavía se conservan, en el asfalto luminoso,

mis huellas desiguales
y borrosas.

XII

Los *paparazzis* de la vida
invaden el Boulevard Neruda
en busca de sus presas.
Vienen sin tregua,
con sus grandes cámaras
sus ojos de pescado
y sus lámparas de asombro.
Persiguen a los caminantes
hasta quedar sin aliento,
dormidos
en las bancas de la noche.

Los *paparazzis* del Boulevard Neruda,
no corren,
no trotan,
no son atletas.

Solo toman fotos
y se van
satisfechos de su afán de celuloide.

XIII

Los caminantes
beben agua,
tónicos,
limonadas.
Tratan como pueden

de vitaminarse,
rejuvenecerse,
de verse sanos a la hora del sueño.

Atados a sus botes,
corren
como si fueran los últimos seres
de la nostalgia.

XIV

En el Boulevard Neruda,
no hay basura,
ni papeles,
ni cadáveres poéticos,
ni hojalatas,
ni moscas.
Es limpio para trotar,
limpio para correr
detrás de una manzana,
de una luna
o de una estrella sin nombre.

XV

Desde la luna
se ve el Boulevard Neruda.
Los caminantes
parecen manchas,
hormigas,
lunares sucios del asfalto.
Desde el sol se ve.
desde el aire,

desde el brillo más alto
de las luciérnagas
se ve.

XVI

La epilepsia,
el mal de amor,
el decaimiento,
la comezón de la memoria
o la adicción nocturna
a la poesía vallejiana,
son algunas enfermedades
que se pueden curar
corriendo, trotando,
en las vastas planicies
del Boulevard Neruda.

XVII

A altas horas de la noche,
los amantes invaden
el Boulevard Neruda.
Vienen con mantas,
con carpas,
con recuerdos,
con grandes alambradas en el corazón.
Allí duermen,
Allí pernoctan,
allí se quedan, mientras los caminantes
escrupulosos,
cuidan de no pisarlos,
de no ensuciarles el corazón.

XVIII

Los domingos nadie viene al Boulevard.
Los caminantes se ausentan,
se dan descanso,
se olvidan de sus pies,
de sus riñones.

Los poetas tampoco salen;
se quedan en casa
fumando sueños
o escribiendo rimbombantes,
estruendosos poemas de amor.
El viejo Neruda entonces,
se queda solo,
feliz,
contento de no contar con tanto caminante
en la memoria.

XIX

Las musas
también invaden el Boulevard Neruda.
Salen de todas partes
a sudar la gota gorda:
de libreros olvidados,
de temblorosas páginas en blanco,
de libros recién terminados
o a medio hacer,
de tinteros empolvados
y de palabras de doble fondo.
Trotan o corren
a la par de los caminantes
sin cansarse jamás.

Cuando terminan,
vuelven a sus lugares de costumbre
rejuvenecidas,
atléticas,
gloriosas,
inmortales.

XX

Están lavando el busto de Neruda.
Están gastando un mar de agua en eso.
Le están quitando las algas,
las ojeras,
la costra de amor contenido.
Lo están dejando limpio,
muy limpio, libre de *smog*
y de nostalgias.

XXI

Para lavar el busto de Neruda,
han traído agua de mar.
agua verde,
agua roja,
agua del Gran Cañón,
agua muerta del Mar Muerto,
agua tornasolada,
agua amarilla del Río Amarillo,
agua del Nilo,
agua desnuda,
agua destilada,
agua negra de Isla Negra,
agua de aguas,

agua de reyes,
agua del mar de Japón,
agua llorada, mediterránea,
agua de viento,
y agua de mayo.

Neruda ha quedado limpio,
sin una gota de sudor
de los caminantes.

XXII

Cuando terminan su recorrido,
los caminantes
van a sus casas
exhaustos.
Allí,
comen,
se duchan
y descansan.

Sueñan
con volver a trotar,
con levitar,
con extrañas calistenias.
Con ganar la maratón de San Silvestre
desde el primer arranque
sueñan.

XXIII

A Plutón
lo mataron los astrónomos.

De un plumazo lo borraron
de los mapas siderales,
de los equinoccios,
de las rutas salvajes de los cometas de fuego.
Al Boulevard Neruda,
nadie podrá borrarlo.
Pertenece a los caminantes.
a los dioses del sudor
y de la resistencia.

XXIV

Van a clausurar el Boulevard Neruda.
Van a limpiarlo (aunque ya está limpio),
a remozarlo,
a podar los álamos,
la extraña maleza.
Van a cerrarlo por un año
más o menos.

Los caminantes,
mientras tanto,
se preparan para engordar,
para explotar,
como si fueran
los últimos higos del planeta.

EL LIBRO DE LAS HUELLAS

Esta es la huella de Simón Wiesenthal,
aquel que cazaba nazis
con la paciencia de un simio.
Los cazaba desde trenes en marcha,
desde aviones tripulados a control remoto,
desde los altos muros del silencio.
Los cazaba leyendo sus huellas,
oliendo sus rancios perfumes.
Los cazaba en sigilo,
sin aspavientos ni megáfonos,
en la pradera,
sin ser visto ni oído,
como el tigre que espera a su presa
agazapado
con el hocico doblado al viento.

*

Esta es una huella desconocida.
No se sabe si es de hombre
o de mujer.
Se sabe que fue encontrada,
en un cofre del siglo XVII
bajo las aguas lodosas,
de un mar ignorado,
al pie de un arcángel de madera
que abría la boca
y señalaba desmesuradamente
el horizonte.

El cruel horizonte blanco.

*

Esta es la huella amarilla de Aureliano Buendía,
pero mañana ya no será la huella amarilla de Aureliano Buendía,
sino la de Úrsula Iguarán, su mujer,
pero más tarde ya no será la huella de Úrsula Iguarán,
sino la de Mauricio Babilonia,
pero después ya no será la huella de Mauricio Babilonia,
sino la del Brujo Melquíades,
pero más tarde la huella de Melquíades
desaparecerá
y en su lugar aparecerá la huella del jaguar que ronda Macondo,
pero mañana la huella del jaguar que ronda Macondo,
ya no estará
y en su lugar aparecerá la huella de Remedios, la bella
y todos juntos
se elevarán al cielo
y no quedará huella en la Tierra
que pueda rastrearlos.

*

Esta es la huella huidiza de Houdini.
Le gustaba dejarla
en cadenas, esposas,
chalecos, bañeras y ataúdes
para que fueran testigos
de sus escapes;
para que la muerte infinita
pusiera más trampas a su vida.

*

Esta es la huella infame de Adolfo Hitler.
Fue encontrada en un viejo interruptor
que abría y cerraba el paso del gas
a una cámara de Auschwitz
donde los judíos, apiñados y desnudos,
morían de uno en uno
sin dar un solo grito.

*

Esta huella es más antigua
que el whisky o la cebada.
Está encarnada en la piedra,
que una vez fue blanda y dúctil como la niebla.
Alguna vez, esta huella,
caminó distancias, planetas y soles
y seguramente se cansó y se durmió bajo las estrellas.
Ayer la encontraron los arqueólogos
y lloraron al verla congelada en el tiempo.
Se ve tan humana y tan nuestra, dijeron,
que bien daríamos la vida por ella.

EL PABELLÓN DE LAS CLEPTÓMANAS

I

Aquí están las cleptómanas,
las eternas ninfas de la noche,
las que roban sin saberlo,
las inocentes palomas,
las que perdieron a Caperucita
en el bosque.

Las que coleccionan carteras, billetes y roperos
y duermen con el placer
al borde de la almohada.

Las frías, las sin palabras, las astutas
cleptómanas
del día y de la noche.

II

Los domingos
tienen mucho que hacer.
Ven películas de Libertad Lamarque,
juegan a las cartas despeinadas
o se roban unas a otras.

III

Hoy visité
el pabellón de las cleptómanas.
Rito que hago
una vez por semana.

Regresé sin los lentes,
sin mi saco deportivo, sin mi abrigo de piel,
y, en vez de corazón,
un bulto de escarcha.

IV

Las cleptómanas
duermen desnudas.
A veces tapan sus honduras
con papeles o sábanas de miel.
Así sin ropa,
nadie podrá robarles nada.
Ni siquiera una antorcha.

V

Las expertas
enseñan a las inexpertas
trucos para que nadie las alcance,
para que nadie las vea merodear.
Las manos rápidas, las faldas amplias
o la inocencia en los ojos
cuando otros ojos te sorprenden
en el regateo de la nada.

VI

Algunas pasan muchos años.
Otras solo semanas,
apenas un tiempo para llorar
y respirar enjauladas.

VII

Hay cleptómanas rubias,
azules y afeitadas.
Les gusta pasearse
con carteras refinadas,
y costosa ropa estrujada.

Hay cleptómanas
sibaritas,
delgadas como una hoja de papel.

A mí me gustan las pequeñas,
las que se mueven serenas y apasionadas,
las que me ven venir
como víctima propicia
una vez a la semana
a su ruidoso laberinto.

VIII

Cuando llueve,
las cleptómanas no hablan,
no les gusta la lluvia,
el tintineo del agua en las ventanas.
Escuchan agazapadas o metidas
en sus camas de niebla,
cómo la lluvia les moja la tristeza.

IX

Cuando me llevaron al vidrio
de la gendarmería,
no pude reconocer
la cleptómana que me robó
mi anillo de bodas, mi cartera
y mis lentes de carey,
mientras dormía,
a pierna suelta,
en un parque de la ciudad.
Todas eran rubias, ojos azules
y patilargas.
Tenían los muslos de sol,
anaranjados y esplendentes.

Sin verme, pero presintiéndome,
me sacaban sus ponzoñosas lenguas,
amenazándome.

X

Se llevaron todo.
La pasta dental,
los candelabros de coral,
los cortineros
y mis sábanas de tinta.
la papelera, la PC, mi sordera
y mi desnudez.

Se llevaron todo lo que tenía.
No dejaron
piedra sobre piedra.

XI

Juré
no dejarlas entrar jamás
en esta casa sin nombre,
pero me seduce la tentación de los recuerdos,
sus voces en las ventanas,
los golpes en la puerta
y los pasos desnudos en la alfombra.

Sus uñas
rasgando mi piel impenetrable.

XII

Les prometo
que algún día
me casaré con Winona Ryder,
la cleptómana más bella,
la de los estupendos ojos negros.

XIII

Hay huelga de cleptómanas.
Por fin podemos llevar nuestros objetos
en los tranvías, en los parques
y en las aduanas.
Todo lo que perdamos hoy,
será devuelto
a nuestras viejas y desdibujadas direcciones.

XIV

El pabellón de las cleptómanas
es amplio, aséptico,
ni una burbuja de polvo en las baldosas,
ni una lágrima sucia en las ventanas.
Tampoco se ven esmaltes
ni huelen a soledad
los pesados barrotes,
que las resguardan,
solo los pájaros de gargantas amarillas
traen briznas de sol
a los rincones.

XV

La Mujer Maravilla
fue cleptómana.
Ana Bolena
se robaba las joyas de las coronas reales.
Mata Hari
robó secretos
y fue fusilada.
Josie Bliss
robaba sombreros y puñales
para dárselos a Neruda.
La Pizarnik
robaba lápices para escribirle a la muerte.
Alfonsina Storni
se robó el mar en una sola mirada.
Greta Garbo
terminó robando gatos en el vecindario.
Raquel Welch

robaba soles y miradas.

Eva Braun

robó arsénico a la muerte.

María Callas

robaba tónicos y analgésicos para su adolorida voz.

Juana de Arco

robó flechas y galopes estallantes.

Cleopatra

robaba obeliscos y faroles.

Todas y cada una de ellas,
en su vida y en su tiempo,
fueron cleptómanas un día.

XVI

Las cleptómanas del mundo
están entrenando fuerte
para burlar las cámaras infrarrojas,
los botones de pánico,
las alarmas de miedo,
los celulares androides,
los espías en los baños,
los misiles antiaéreos,
los censores de calor,
las mirillas atómicas,
los láseres y pararrayos,
las sirenas lloronas,
para defender, a capa y espada,
el oficio que heredaron y que ostentan
con orgullo.

RESURRECCIÓN DE RIMBAUD EN EL PATIO DE MI CASA

Primero sonaron unas flautas tibias y torpes
y los perros aullaron hasta morir.
¿Qué hace Rimbaud en el patio de mi casa,
cien años más joven
y con un amuleto de luz en la garganta?
¿De dónde proviene ese musgo,
ese humus que asoma entre sus manos florecidas?
¿Dónde alojaremos este visitante
lleno de fiebre y terrible misterio?
La casa está como antes: agrietada y falsa
y las manos del agua
se cuelan hasta tocarnos.
En las paredes,
las salamandras saltan y devoran sus huevos
redondos y efímeros,
las telarañas cuelgan como ramajes de plata,
el rojo esperma del día
me entorpece la vista
pero es él: Rimbaud de siete cabezas,
fiero y delirante
lleno de savia y tiernísimo musgo,
preguntándose si la lluvia no es un mar de otro tiempo,
huyendo para siempre del canto de los perros,
de la sogla alucinada, de los patíbulos en flor.

POEMA DE AMOR DONDE
ROMEO NO ES ROMEO
NI JULIETA ES JULIETA

Mi mujer cava trincheras
y mina los campos de algodón cuando escribo.
No se llama Julieta
ni en su pelo se anuda la soledad de un reino.
Se viste con faldones de tela moribunda
y su ojo es el párpado diminuto con que alumbro el día.
A veces pregunta por el mar y sus sonidos,
por mis vertebrados silencios,
por la mujer de Gelman,
la que cayó hecha añicos y sus labios se mueven
más allá de lo perenne
y nada puedo decirle a esta mujer
de sereno vientre,
la que no se llama Julieta,
la que cava trincheras y mina los campos de algodón
cuando escribo, la que cierra ventanas y hace sed mi corazón
cuando la libélula del sueño baja
y golpea mi frente.

CUESTIÓN DE ABUELOS

Si mi abuelo hubiera sido Pound
o el mismísimo Kafka,
no tendría los ojos líquidos
ni esta fea costumbre de morderme los labios cuando escribo.
Bebería vino hasta embriagarme
y sería genio de familia,
el admirado por todos.
Pero tuve un abuelo ferrocarrilero
que peleó por la guerra civil
y mató dos hombres con sus manos.
Recuerdo
que cuando me vio por primera vez
dio un resoplido como tren que descarrila,
que enfila su rumbo hacia la muerte.

POETA EN CRISIS

A José Luis Quesada

Poesía, no me tientes,
aléjate de mí,
no escarbes más en mi pecho moribundo,
no te hartes de mi carne.
Salte de mis vértebras
y ahoga como puedas
el canto de mis venas.
Contra ti,
soy capaz de invocar
la organización del Tratado del Atlántico Norte,
las once mil vírgenes de Apollinaire,
el resplandor de Hiroshima.
No quiero verte rondando por mi casa,
quiero tus espuelas lejos de mi sombra.

Poesía, aléjate,
no habites más en el paraíso
de mis huesos.

NO TODOS LOS POETAS SON ROMÁNTICOS

No todos los poetas
son románticos.
Yo, para el caso,
nunca lo fui.
Nunca llevé un ramo de rosas
en el hombro
ni esperé la luna en los andenes.
Nunca los versos del primer Neruda
lloraron mi corazón.
El mal de amor no es mi fuerte.

Para la poesía, sí.
Por ella soy capaz
de llevar rosas en el hombro
y esperar lunas en los andenes.
Por ella,
nunca tuve el corazón más torpe
y más borracho.

LOS FALSOS INMORTALES

El falso Miguel de Unamuno,
vive en la azotea de un hotel sin nombre.

Usa saco y corbatas domingueras
y se rasura siempre a mano abierta.

Rara vez habla con alguien
y vende tijeras en las aceras
a los transeúntes.

El falso Miguel de Unamuno,
toma vino por las tardes
y fuma delgados cigarros españoles.

Se ufana
de haber ganado, tiempo atrás,
un Premio Nobel que no le dieron
y lee libros en inglés.

El falso Miguel de Unamuno,
no habla con nadie,
solo con los gatos, que tímidos, asoman su pelaje
por los grifos del hotel.

El falso Miguel de Unamuno,
murió esta mañana
en su cama de latón.

Resucitará al tercer día
si no lo enterramos hoy.

*

La falsa Marilyn,
se levanta muy temprano

a maquillar de entero
sus grandes senos verdes.
Sale a la calle y busca la rejilla del metro,
pero en esta ciudad
no hay metros ni rejillas.
La falsa Marilyn,
usa tacones de doble fondo
y medias súper flojas.
Sus piernas son bellísimas
y tiene un tatuaje animal
en la cadera.
La falsa Marilyn
pernocta en las aceras
cercanas a los templos.
Allí espera sus presas
y luce su infernal vestidura.

Cada mañana,
los gendarmes que la conocen
la devuelven intacta
al purgatorio de la ciudad.

*

El falso Poncio Pilatos
nunca se lava las manos.

LOS FALSOS POETAS

Los falsos poetas
se reunieron en Madrid
el pasado junio.
Allí estaban
el falso Neruda, el falso Vallejo,
el falso Cisneros, el falso Cardenal
y el falso Nicanor.
Algunos llegaron en falsos aviones,
otros en trenes de carga o en falsos automóviles.
Todos pagaron falsos pasajes
que liquidaron con estupendas y radiantes falsas sonrisas.
Comieron falsos alimentos,
bebieron falsos vinos
y se hospedaron en falsos hoteles
de falsas o dudosas estrellas
y para variar, dieron falsos nombres.
Declamaron falsos poemas
e intercambiaron falsos libros,
en los que garrapatearon falsas firmas.
Al final declararon
que su principal preocupación estética
era combatir, a como diera lugar,
la falsa poesía.

*

Oh Señor:
Declárome culpable
por leer y escribir falsa poesía;
por publicar falsos libros
con los que me enriquecí falsamente.
Por haber asistido a falsos recitales
y tener falsos lectores.
Oh Señor, tócame con tu falsa piedad
y tu falsa benevolencia.

LAS FALSAS MUSAS

Las falsas musas
son altas y rubias,
como sacadas de un calendario holandés.
Gustan de viajar en trenes rápidos
y desayunan calorías en McDonald's.
Van a los gimnasios
y a los salones del té,
de donde salen livianas como moscas.
Cuidan su figura
como si su figura fuera la misma poesía.
Son vegetarianas y usan diminutos escotes.

Las más desvergonzadas
enseñan sus pechos en la web.

*

En el ataúd
del poeta caído
las falsas musas
han dejado flores, nostálgicos sollozos
y grafitis de *lipstick*.

*

En la cartera,
bien apretada contra el pantalón,
guardo la foto de mi falsa musa.

POEMA DEL CELEBRANTE

I

El celebrante
abre la puerta de tu casa
con su llave de anillos.
Enciende luces y pequeñas lámparas
y respira agitado.
Ha de comenzar la búsqueda
de tu cuerpo
antes de que el zarpazo del día hiera su rostro.

En el laberinto de la cama
yaces dormida.

II

El celebrante
no tiene nombre.
Nadie ha visto jamás su rostro
ni sus señales.
Solo deja un frondoso olor
en los rincones donde pasa.

Tú lo presientes
y lo esperas.

III

Pasará de largo
el cartero nocturno.
No dejará sus cartas

como de costumbre
en tu puerta amurallada de espejos.
También pasará de largo
el tren carguero y su lamento.
Todos pasarán de largo
esta noche
en el que el celebrante
busca tu cuerpo.

IV

En la sala las lámparas duermen
mientras el celebrante desata su memoria.
Acaso recuerde un pecho de mujer
que respira bajo el llanto
o el sueño de la sangre
desbordado en naufragio.
Acaso recuerde otras cosas,
otros seres,
pero avanza, a tientas,
como un ojo de luz que no despierta

V

El celebrante
se silencia
y detiene su paso.
Calcula, afiebrado,
los rumbos de tu cuerpo.

VI

En tu casa
los espejos son de niebla.

Nada transparentan
que no sean sus propias sombras.
Sin embargo,
en su ojo de vidrio
quedará grabada
la imagen del celebrante
que sigue, a tientas,
su búsqueda insaciable.

VII

Has creído escuchar un jadeo
próximo a tu cama;
no un jadeo
sino unos pasos;
no unos pasos
sino una sombra.

Tus ojos se abren y se cierran
como dos girasoles lentos
Sin embargo,
la espera continúa.
No ha de rendirse todavía,
tu corazón dilatado.

VIII

¿Qué estará pasando?
se preguntan los vecinos.
La casa está apagada
y el silencio invade los rincones.

Mientras tanto, adentro,
el sonido es un mar revuelto
sobre los cuerpos.

POEMA DE LAS CALAVERAS

Las calaveras vienen y me rodean.
Abren a puntapiés la puerta de mi casa
y se instalan en lugares secretos
y nocturnos.
Las sombras, me dicen,
nos han vuelto sabias.
Son calaveras mías,
amadas y lustrosas
que habitan en mis sueños.
Día a día me enseñan que la vida no se repite,
que la muerte no es un rostro, sino una máscara.
Hay calaveras que se despiertan
y cantan
antes de volver a su estado de huesos,
hay otras que se han cansado de ser calaveras
y hoy quieren ser balas o jarrones.
Otras hay que resplandecen,
pero en sus cuencas no hay brillos sino furias.
La calavera de Pessoa es un jardín,
sopla un saxofón de barro o de metal.
Nadie sabe dónde está la calavera de Dalton,
pero de seguro ha de tener una sonrisa en el pómulo.
Son calaveras mías,
amadas y lustrosas,
que habitan en mis sueños.
Sin embargo,
cuando escribo,
bajan a mis manos
como palabras.

ÍNDICE

Más intuitivo que cerebral por José González5

EL LADRIDO DE LOS PÁJAROS

De *Animal de memoria* (2008)

Descripción fantástica de la caza del mamut.....9

Primera toma de las cavernas10

Caballo en Altamira.....11

De *Reino animal* (2008)

Motín a bordo12

Oficios13

King Kong.....14

Peluches15

Poemas de los vientres (2014)16

De *El libro de los selfies y de las horas* (2015)

Suicidio23

De *Mujer con armadura* (2016)

Reino animal24

Mujer sabia con jorobas en el pelo25

Animal doméstico26

Eclipse27

Mujer con armadura28

Poema para exaltar las uñas de mi mujer29

De cómo la casa se fue llenando de nosotros30

De *Domus familiae* (2017)

Crónica de infancia con aullidos de lobos32

La Sonora está en la casa33

A mi padre, escritor de variedades	34
Hotel de La Lima	35
<i>Poemas de la resurrección y del nunca jamás</i> (2018)	36
INÉDITOS	
El bar de las pelirrojas	39
Hotel Lenin	42
Brevísimo poema sobre el uso y alabanza de las camas de agua	49
A mis abuelos, que en 1910 sintieron y temieron el cometa Halley	50
De fakires y poetas	51
Fotografía con libros	52
Andy Warhol ingresa al salón de la fama	53
Me enamoré de Pier Angeli	54
El carro se llamaba Rambler	55
Laika	56
Señora de la mala suerte	57
Neruda <i>train</i>	58
Fábula de los poetas	59
Suicidios familiares	61
Boulevard Neruda	63
El libro de las huellas	75
El pabellón de las cleptómanas	78
Resurrección de Rimbaud en el patio de mi casa	85
Poema de amor donde Romeo no es Romeo ni Julieta es Julieta	86
Cuestión de abuelos	87
Poeta en crisis	88
No todos los poetas son románticos	89
Los falsos inmortales	90
Los falsos poetas	92
Las falsas musas	93
Poema del celebrante	94
Poema de las calaveras	97

COLECCIÓN

PALIMPSESTO

TÍTULOS PUBLICADOS

1. ALBANO MARTINS
Vertical el deseo
Traducción de Agustín M^a García López
2. JOSÉ JUAN TABLADA
Un día ... / El jarro de flores
3. ANTONIO PORCHIA
Voces
Selección de Francisco José Cruz
Texto preliminar de Roberto Juarroz
4. ROBERTO JUARROZ
Poesía vertical. Dieciséis poemas
Estudio preliminar de Laura Cerrato
Epílogo de Jorge Rodríguez Padrón
5. EUGENIO MONTEJO
Adiós al siglo XX,
precedido de El taller blanco
Entrevista de Floriano Martins
6. JAVIER SOLOGUREN
Poemas
Prólogo de Jorge Rodríguez Padrón
7. JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ
Aire sobre el aire
8. ANTONIO RAMOS ROSAS
El arco de hojas
Traducción y entrevista de Eugenio Montejo
9. GUILLERMO SUCRE
La segunda versión
10. RAFAEL GUILLÉN
Doce poemas cardinales
11. **Poesía de la intemperie**
Selección poética de letras flamencas
Edición de Francisco José Cruz
12. ROBERTO JUARROZ
Décimo cuarta poesía vertical.
Quince poemas
Prólogo de Laura Cerrato
13. FABIO MORÁBITO
El buscador de sombras
Entrevista de Francisco José Cruz
14. ANTONIO DELTORO
Poemas en una balanza
Selección y entrevista de Francisco José Cruz
15. VIRGILIO PIÑERA
Vida de Flora y otros poemas
Selección y prólogo de Manuel Díaz Martínez
16. HUMBERTO AK' ABAL
Todo tiene habla
Selección de Francisco José Cruz
Prólogo de Mario Monteforte Toledo
17. JOSÉ MANUEL ARANGO
La sombra de la mano en el muro
Antología personal
18. CARLOS GERMÁN BELLI
¡Salve, Spes!
Prólogo y epílogo de Óscar Hahn
19. MARÍA MERCEDES CARRANZA
La Patria y otras ruinas
Selección de Francisco José Cruz
Entrevista de Sandra Martínez León
20. PEDRO LASTRA
Datos personales
Selección y entrevista de Francisco José Cruz
21. MARIO RIVERO
Poemas urbanos / Vuelvo a las calles

22. ÓSCAR HAHN
Flor de enamorados
23. CARLOS PEZOA VÉLIZ
La vida es así
Prólogo y selección de Óscar Hahn
24. SERGIO SANDOVAL
Guitarra del horizonte
Prefacio y selección de Eugenio Montejo
25. **Poesía de la intemperie**
Selección de coplas flamencas
Edición de Francisco José Cruz
26. REGINO PEDROSO
El ciruelo de Yuan Pei Fu
Edición de Manuel Díaz Martínez
27. ENRIQUETA ARVELO LARRIVA
Caballo de fuego
Prólogo y selección de Miguel Gomes
28. MANUEL ZABALA RUIZ
Biografía humilde
Prólogo de Xavier Oquendo Troncoso
Selección de Francisco José Cruz
29. ELKIN RESTREPO
Una verdad me sea dada en lo que escribo
Antología personal
30. LUIS PALÉS MATOS
Raza y paisaje
Prólogo y selección de Toni Montesinos
31. JOSÉ MANUEL POVEDA
Poemetos de Alma Rubens y otros poemas
Prólogo y selección de Milena Rodríguez Gutiérrez
32. ANTONIO REQUENI
La palabra en el tiempo
Selección de Francisco José Cruz
33. HORACIO BENAVIDES
Migajas de la boca del tiempo
Prólogo y selección de Francisco José Cruz
34. RODOLFO DADA
Un niño mira al mar
Prólogo y selección de Francisco José Cruz
35. JOSÉ GONZÁLEZ
El ladrido de los pájaros
Selección de Francisco José Cruz

Se dio fin a la impresión
en la pentamilenaria Ciudad de Carmona
el día 23 de abril de 2020,
en CL Aniversario de la muerte de
Gustavo Adolfo Bécquer.

Familiae (2017), *De la poesía que vendrá* (2017) y *Poemas de la resurrección y del nunca jamás* (2018).

Como ensayista, ha escrito *El mar junto al oleaje* (2009) y *La Generación del 50* (2009). Ha recopilado, además, entre otras obras, *Diccionario de literatos hondureños* (1987, 1997, 2004, 2010, 2014), *Diccionario biográfico de historiadores hondureños* (2005), *Cronología de la literatura hondureña del siglo XX* (2009) y *del siglo XIX* (2017).

En 2008 recibió el Premio Nacional de Literatura.

El ladrido de los pájaros, título que ya indica el carácter desconcertante e imaginativo de esta singular obra, es el primer libro de José González que se publica en España, donde más de la mitad de los poemas contenidos en esta edición son inéditos hasta la fecha.

«Como en las venas abiertas, estos versos avanzan libres y fluidos. La elaboración tampoco está en la superficie, pero existe. Estos versos están bien trabajados y cada poema es una pequeña obra completa, con rasgos distintivos de estilo. Queremos decir que, al leerlos, podemos ver la transparencia ideológica y artística de José. Les llamamos la atención en la fineza de la ironía, en el transcurso de la música y su fraseo, en la evocación familiar, jamás tocada por el egocentrismo, en el color telúrico de alguna llamarada de realismo y magia. Les llamamos la atención, empero, la poesía de José González, sabrá hacerlo».

EDUARDO BAHR

«Más intuitivo que cerebral, José González extrae poesía de los lugares y circunstancias menos imaginables [...] Su capacidad fabulatoria diríase que brota por generación espontánea y, si dejamos de lado los persistentes hábitos miméticos de abordar el arte, hace de cada poema un pequeño y coherente mundo en donde todo puede ocurrir. Y no existe palabra (por ilógica o antipoética que aparente ser) que no se contamine de la fuerza de las otras “más poéticas” que la rodean. [...] Nada de sensiblerías ni tono dulzón. Una lección de autenticidad humana y una prueba de que José González busca senderos no trillados, alejados de una escritura vertida en moldes que se repiten hasta el cansancio».

HELEN UMAÑA



Excmo. Ayuntamiento de Carmona

35

COLECCIÓN PALIMPSESTO